

# LA MADRE DE FAMILIA,

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

## ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que nos den el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece.—El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

### SUMARIO.

Un casamiento en el depósito de Nantes, por X.—El espi-  
no y la rosa, poesía, por Aurora Lista.—Carlota, por  
X.—Correspondencia.

### UN CASAMIENTO

EN EL DEPÓSITO DE NANTES.

Lo que vamos a contar es histórico; pero pertenece a una historia que no volverá ya con sus terrores a importunar los espíritus, a atormentar las inteligencias, y a oscurecer la razón pública.

Los vastos almacenes conocidos en otro tiempo por el nombre de *Depósito de Nantes*, han vuelto a servir en mucha parte para su primer destino. El resto de aquel establecimiento sirve hoy de cuartel de caballería.

El depósito de Nantes fué en algún tiempo un *pandemonium* consagrado a todos los tormentos. Hubo un año sobre todo, año fatal que nuestro siglo tan olvidadizo por principios, por política, ó por amor propio, procura relegar con razón a una época quimérica; hubo un año en que el depósito fué inundado de lágrimas, hacinado de moribundos que espira-

ban en sus chozuelas, testigo de mil dolores y de otras tantas muertes, y en donde sus paredes interceptaban la queja, que prorrumpida en el fondo de una prisión, concluía en los arroyos helados del Loira.

Aquel año fué el año segundo de la república una é indivisible. El año 1795.

Como todos los lugares públicos de Nantes, el depósito rebotaba entonces de prisioneros. a quien no se tenía el cuidado de mantener, ni se tomaba la pena de juzgar. Lo que no estaba destinado al cadalso se arrojaba al río. Cuando faltaban las víctimas, los cadáveres vivos que las enfermedades no devoraban prontamente, eran arrojados a aquellos monstruos de figura humana que extendieron los límites del crimen, y que todas las opiniones concienzudas y todos los corazones honrados han infamado. Como si fuera una especie de dehesa, se conservaban allí en reserva los jóvenes que aun ignoraban el valor de su existencia, los ancianos que la habían gastado, y las mujeres que procuraban hermosearla. Todo era bueno, todo a propósito para la muerte que la revolución proclamaba, acompañando sus amenazas con sus palabras sacramentales de «libertad, igualdad y fraternidad.»

Cuando aquella prisión rebosó de inocentes conspiradores, conducidos allí desde los diversos puntos del Oeste, como a uno de aquellos altares ensangren-

tados de la Taúrides, donde una ciega divinidad devoraba sus hecatombas renacientes sin cesar; la peste, consecuencia inevitable del hambre y de todas las miserias, se introdujo en aquellos almacenes convertidos en sepulcros. La peste tomó á destajo los asesinatos con que algunos hombres extraviados manchaban en Nantes el nombre de la república, y mas expeditiva aun que aquellos insensatos, la peste devoraba tan enérgicamente que un dia llegó Carrier á envidiar su fatal poder. Se moria, pues, bien pronto en el depósito. Sitiados de inquietudes, atormentados por incurables sufrimientos del alma, los hombres las mujeres, pálidos, con los ojos desencajados, la frente livida, llegaban á aquella prision que no exhalaba sino miasmas pútridos. Algunos dias despues ya no habia hombres, ni mujeres, solo quedaban cadáveres.

El depósito tenia entónces prisioneras en sus graneros un gran número de señoras de alta jerarquía, y particulares, que la casualidad debia en cierto dia confundir en una misma conspiracion preparada con toda meditacion por los Seides del procónsul, conspiracion que envolveria en un solo golpe á los republicanos moderados, á los realistas, y á todos los que miraban con horror la sangre. Entre todas aquellas mujeres, la mayor parte viudas prematuras, no se podia ver sin una horrible opresion del corazon á una jóven de unos 22 años, bellatodavía á pesar de las torturas morales que demacraban su semblante, que empañaban sus ojos, y que empezaban á arrugar su frente tan pura en otro tiempo.

Sin embargo, estaba menos triste en apariencia que aquel rebaño de víctimas hacinadas entre cuatro paredes, atormentadas de dia por bichos que se pegaban á sus cuerpos casi desnudos, y de noche por los guardianes que les daban una libertad que se habia convertido en la más odiosa de todas las esclavitudes. Sobre aquella frente decolorida reinaba una piedad tan inocente, era tan afectuosa con sus compañeras, su voz era tan dulce, formaba tan extraño contraste con los roncós ahullidos de los ciudadanos de la compañía de Marat, que llegó á conseguir hacer las cadenas menos pesadas, á calmar incesantes dolores, é infundir en las almas un rayo de esperanza.

Pero aquella jóven que era cristiana, tenia todavía en su corazon un sentimiento casi tan poderoso como el de la religion. Era hija.

Su madre, pobre anciana, sin energía y sin valor, sentia vivamente todos los sufrimientos, duplicados por la comparacion y por el recuerdo de lo pasado.

Tenia á su vista aquella madre con los miembros fatigados por la edad, entorpecidos por el frio, temblando á cada paso que sentia; se la veia interrogar con sus miradas, escudriñar con sus ojos llenos de lágrimas á los carceleros que iban cada mañana á

contar el número de los que habia segado la muerte; despues se estremecia casi como de una felicidad incomprensible cuando la carreta llena de víctimas pasaba lentamente por debajo del portal del depósito, cargada con el pasto que todas las noches la revolucion en su delirio arrojaba á los ejecutores. Esta madre no habia recibido la educacion que la desgracia desenvuelve. Habia sido rica, dichosa, y viviendo en medio de un siglo que se dejaba conducir por la corriente de las pasiones, se habia abandonado como los demás á su rapidez. Despertada repentinamente por la tempestad, no supo sino llorar.

Tendida sobre aquellos montones de paja podrida que acaso habian servido de lecho á veinte presos, la pobre mujer deploraba su suerte; mas cuando sus ojos debilitados se fijaban en el ángel que el cielo le habia dado por hija, cuando veia aquella jóven velar á su lado, consolarla y ponerse á la cabecera de los otros cautivos á fin de distribuirles en nombre de la religion, la alegría santa y las misteriosas palabras que á ella le ofrecia en nombre de la naturaleza, la pobre madre se sonreía de satisfaccion. Sus manos descargadas separaban los hermosos cabellos de que estaba adornada la frente virginal de su hija, y á veces incorporándose en su miserable lecho proferia algunas sentidas palabras, que probaban que no habia muerto todo en ella.

Así pasaron muchos dias de tribulaciones, siglos de tormento para la madre, y horas de una esperanza santa para la hija. Cada noche desaparecia más de una mártir que ella habia preparado para la muerte; cada dia devoraba más de una víctima segada por la peste, juntamente con los soldados destinados para su custodia.

El veneno deletéreo de los calabozos obraba tan rápidamente como la guillotina y el agua. Carrier se detuvo consternado al ver que la muerte tomaba sobre él la iniciativa. La guillotina descansó por algunos dias; el Loira no presenció más matrimonios republicanos; pero la cifra de la mortandad no fué por esto menos espantosa. La revolucion habia adicado sus títulos delante de la peste; la peste era un suplente digno de ella. Pasaron dos semanas sin que sucumbieran la madre, ni la hija. Recuperada al cabo de quince dias de sus temores, la pobre madre se asió á la vida como un hombre que se ahoga se agarra de la rama de un árbol que la casualidad arroja á su esperanza. Ella habló de placeres delante de aquellos que iban á morir; de felicidad á presencia de la viuda cuyos hijos combatieron por la libertad y la monarquía. Se la oyó tambien exclamar:

—Sofía, no te atormentes más, creo que lucirán para nosotras dias más felices.

Y un gendarme, que estaba de faccion á la puerta del granero, murmuró entre dientes: «mañana me lo dirás.»

La marquesa de Dinat no lo entendió, pero comprendió aquellas palabras por el gesto brusco del gendarme, quien conociendo que habia producido un vivo terror en aquella alma vacía, y sin embargo impresionable, le dijo.

—Mañana, ciudadana, estás destinada á la muerte; tu hija te seguirá sin duda, pero no debe morir contigo. Sin que acaso lo háyais sospechado, he velado siempre sobre vosotras. Al siguiente dia de vuestra entrada aquí debias haber marchado al cadalso como otras muchas. Suspendí aquella ejecucion porque amo á tu hija, y si quieros dármele por esposa viviréis ambas. Reflexiona. Es necesario que dentro de una hora sepa el resultado de tus reflexiones.

En cuanto á la madre no podia ser dudoso este resultado. Amaba á su Sofía; pero la existencia, si sobre todo estaba acompañada de algunos goces, era una felicidad á que no se atrevia á renunciar ni aun en idea. Todo lo compuso bien pronto en su cabeza. Lloró. Lo mismo hacen todas las mujeres; pero sus lágrimas se secaron bien pronto cuando vió que los gemidos no prolongaban aquella vida incesantemente amenazada; despues llamó á su hija y en presencia del gendarme.

—Sofía, le dijo, este señor que está aquí hace el favor de querer casarse contigo.

Accediendo á su deseo, te liberas del continuo suplicio que consume tu hermosura, que la devora en flor; vuelves la felicidad á una madre cuyas lágrimas te han afligido tan frecuentemente, y puedes acaso labrar tu felicidad. ¿Qué te parece?

Al oír estas palabras se demudó el semblante de su hija. Turbóse extraordinariamente. Se apoderó de su corazon mayor espanto que si las voces de los hombres destinados á arrojar las víctimas al agua la llamasen por su nombre para entregar su cuerpo al Loira; pero como hija sumisa absolutamente á su madre, bajó la cabeza con una respetuosa sumision y, sin volver la vista al hombre que la pretendia, respondió:

—Madre mia, lo que hagais en vuestro interés está bien hecho. Desde ahora suscribo á todo.

—Señor gendarme, dijo la Marquesa con una volubilidad febril, ¿es verdad me prometeis la vida en cambio de la mano de mi hija? Ya la habeis oído. Yo era rica, soy viuda. Mis bienes no han podido ser confiscados pues no he emigrado. Libradme mañana, y mañana seréis mi yerno; el esposo de la que todo el mundo llama aquí el ángel.

El gendarme se manifestó reconocido y afectuoso; no tan cruel como parecia indicarlo su traje.

Solo habia recibido aquella mala educacion que se daba á los jóvenes desde 1789. Muchacho abandonado que habia vivido á expensas de la caridad pública, le habian enseñado que todos los hombres

eran iguales por la naturaleza y ante la ley. Persuadido de esta máxima aquel hombre, revolucionario casi por derecho de nacimiento, se habia dejado improvisar gendarme, sin duda á fin de aplicar los grandes principios de la igualdad; pero en aquella alma, que todavia no se habia desenvuelto, no se advertian malas pasiones. La alianza con una señorita de noble familia lisonjeaba su orgullo plebeyo, al mismo tiempo que le aseguraba las ventajas de una fortuna de que era bastante ambicioso. Prometió, pues, á la madre de Sofía todo lo que exigió. Luego que hubo concluido su servicio se dirigió á casa de Carrier.

—Ciudadano representante, le dijo; hay en el depósito dos ex-nobles, madre é hija, amo á la hija, y no puedo casarme con ella sino salvando á la madre. Soy un republicano conocido por la firmeza de mis principios. ¿Quereis concederme al momento su libertad? porque segun el destrozo que hace la enfermedad allá abajo, creo que si lo dejo para mañana no podré ser dichoso.

Carrier se sonrió con aquella risa que anunciaba á veces un decreto de muerte.

—Estos bribones, murmuró entre dientes, quieren todos hacer su fortuna bajo mi patriocinio. Estos ineorruptibles republicanos, que tanto propalan la igualdad, buscan para esposas á las nobles más lindas; dentro de poco pretenderán que se les den títulos de nobleza. Ciudadano gendarme, cástate si te conviene; te prometo la libertad de tu futura; en cuanto á su madre consultaré con Chon y Lambertier. Verémos.

El dia siguiente un municipal habia recibido sus juramentos; al otro la ley los habia unido y madama de Dinat, quien sin embargo advertia que su hija estaba un poco más triste que la víspera, se ensanchaba de ánimo, y se estremecía de placer.

Dentro de una hora debia verse libre; dentro de una hora debia volver á ver el sol, el mundo y la sociedad. Pensaba en aquellas felicidades que á su edad y con su educacion pueden desear todas las mujeres.

El dia que se habia unido Sofía de Dinat y el gendarme, no se abrió la puerta de la pobre madre; solo la señorita de Dinat tuvo libertad de salir; pero la joven mártir, de la piedad filial, se guardó bien de aprovecharse de ella. Quiso permanecer aquel dia con la Marquesa y prestarle todas las atenciones de su ternura. El gendarme comprendió este afecto, y aun lo aplaudió, aunque hombre que hasta entonces no habia pensado sino maquinalmente, y que conducia los presos al cadalso sin reflexion y sin pasion. En aquella naturaleza llena de ignorancia no se observaban acaso todos los sentimientos de un buen corazon; pero profundizando bien hasta los pliegues más ocultos de aquella alma, que no habian podido

corromper tantos crímenes á que maquinalmente habia prestado su ministerio, se encontraba aquella generosidad nativa, aquellos rasgos de humanidad, de que el pueblo ha dado tan á menudo tantos y tan sublimes ejemplos. Sofia sin pensarlo habia removido aquella vieja levadura de honor. Sofia habia hecho de un gendarme de 1793 un hombre bueno y compasivo en secreto; esto era un triunfo. La desgraciada estaba bien afligida, porque el amor que tenia á su madre le imponia el agradecimiento, y este agradecimiento le pesaba más que lo que hubiera pesado sobre su cuello la mano del ejecutor. Sofia no quiso, pues, salir del depósito sin su madre. Volvió á entrar el día mismo de su matrimonio. Cuando la desgraciada jóven sondeó con su vista el abismo que acababa de abrirse á sus piés, retrocedió espantada. El gendarme no fué tampoco mas valiente. Retrocedió á su vez delante de aquel doloroso pudor. La mujer que habia conquistado tuvo, gracias á él, la libertad de constituirse otra vez prisionera.

La noche que siguió á aquella union, de que se dieron varios ejemplares en aquellos tiempos desdichados, Carrier hizo llamar á sus ayudantes. El convencional estaba ébrio. Los *hermanos y amigos* de Nantes reclamaban cabezas para jugar con la muerte. Habia ya hecho cortar tantas, que no sabia de donde tomarlas.

—En todas partes hay condenados, dijo; en el depósito se que se halla una hechicera de Marquesa que debe su vida y sobre todo su lengua á la república. Que muera la vieja mientras yo caso á la hija. Será un rico regalo de boda que ofrecerá á sus herederos. Id; reunid á todos los que halleis en disposicion.

La carreta llega; llaman por los corredores á los desgraciados que deben aquella noche proveer al rio de matrimonios republicanos.

Despues se oye el nombre de la antes Marquesa de Dinat; al oirlo se apodera de Sofia un extraordinario temblor. Los ahogados temen que el Loira se hiele pronto y no quieren tener doble trabajo. La llaman por segunda vez; su hija está á su lado; su hija tiembla y llora. Pero por uno de aquellos movimientos que solo la naturaleza puede inspirar, despues de haber abrazado Sofia á su madre desmayada, y despedidose de sus compañeras, se envuelve en la mantilla de seda negra y en el sombrero viejo de Madama de Dinant, y en seguida sin pronunciar una palabra, sin articular una queja, baja la escalera que no debe subir mas. No anduvo por mucho tiempo.

Sobre aquel camino tan divertido y tan frecuentado hoy en los días festivos por el pueblo y los trabajadores de Nantes, que van á buscar á la ciudad de Madera un placer económico, la carreta fatal espera la última condenada. No se necesitaba entonces fatigar

mucho á los caballos. Sofia se coloca en la banqueta. Su marido legal, va á su lado con el sable en la mano. Ignora lo que pasa, y no prevé lo que le espera. Escolta el convoy como escoltó tantos otros; sin dolor como sin remordimiento; sin reflexion ni arrepentimiento. El gendarme entrega á los ejecutores las victimas que se le han encomendado, y vuelve despues al depósito para reclamar á la que la ley le dá por legitima esposa. Se introduce hasta el granero. Cuál fué su asombro cuando en lugar de Sofia encuentra á la desgraciada madre en un espantoso delirio, y á sus compañeras entregadas á la desesperacion, y llorando por semejante catástrofe!

El gendarme no habia sabido jamás lo que eran el dolor y las santas emociones de la naturaleza. Una palabra le reveló su alma, la pérdida que acababa de hacer y todos los deberes que le imponia Sofia con su sublime sacrificio. Aquel ser hasta entonces tan material, se explicó de este modo con una indefinible opresion de corazon.

—Y bien! pues que la ciudadana Sofia ha querido morir por salvar á su madre, á mi me corresponde ahora cuidar de esta pobre mujer que ha perdido á su hija. Ella se casó conmigo por salvar á su madre. Que á lo menos se cumpla su último deseo.

Dos horas despues entraba en casa de Carrier. A la relacion hecha con aquel calor que inspira un virtuoso entusiasmo, contestó el convencional.

—Ah! ah! ciudadano gendarme, la chicuela te ha chasqueado, y me pides ahora la vieja para indemnizarte. Tómala, ciudadano, te la concedo. Es una justa compensacion.

El gendarme volvió al depósito. Arrancó á la Marquesa de aquel lugar, y la cargó sobre sus espaldas, porque la desgraciada, habiendo perdido su razon, no podia andar, ni queria salir del sitio que le recordaba su hija. Articula entre palabras sueltas un nombre que despedaza el corazon del gendarme, y mezclando á las escenas de horror, de que habia sido testigo, recuerdos menos lúgubres, inspira una profunda compasion que se respetó aun en aquella época.

Poco á poco desapareció su locura. Las atenciones delicadas de que se vió rodeada, el reposo concedido á su espiritu, templaron algun tanto la irritacion de su alma.

Comprendió lo que su hija habia hecho por ella; pero tambien se persuadió al mismo tiempo de la adhesion de aquel extraño que le consagraba sus vigiliass, y que le compensaba en respetos todo el amor que se hubiera gloriado de tributar á su Sofia. Y cuando lucieron para la Francia días mas felices, cuando la marquesa vuelta á su razon pudo manifestar todo su reconocimiento al gendarme, este rehusó todas las recompensas que tuvieran visos de pagar semejante sacrificio.

Ilustrado por la desgracia, nada pidió, nada aceptó; solo el consuelo de concluir la obra de Sofía, y de embellecer los últimos días de aquella cuya vida le costaba tan caro. Esos últimos días fueron tranquilos. La marquesa de Dinat murió pronunciando el nombre de Sofía, tendiendo una mano reconocida al ciudadano que también se había portado con ella. Algunas horas después, un notario notificó al gendarme que no habiendo emigrado su suegra, y no habiendo sido jamás sus bienes confiscados le nombraba por testamento poseedor de una gran fortuna. El gendarme hizo valer sus derechos, y se vio rico.

Este hombre se hizo anciano; pero la edad no mudó su corazón, no borró de su memoria la horrible noche del depósito. Vivió solo en la quinta de Sofía: é interpretando hasta el fin de su larga carrera los nobles sentimientos que suponía á la mártir del amor filial, hizo bendecir á cuantos le rodearon un nombre que él mismo no podía pronunciar jamás sin derramar lágrimas de ternura, ó de un doloroso pesar. Este nombre era el de Sofía.

X.

## EL ESPINO Y LA ROSA.

### APÓLOGO.

#### Á VALENTINA.

De la feráz y deliciosa vega  
era reina gentil rosa galana;  
no la había mas pura y encendida,  
no la había mas fresca y perfumada.

Los cefirillos al pasar veloces  
mecíanla en su trono de esmeralda,  
prodigábale el sol sus dulces besos,  
y la aurora sus perlas nacaradas.

Vecino de la flor encantadora,  
tendió un espinó sus esquivas ramas;  
ramas que se enlazaban cariñosas  
al tallo esbelto de hechicera dalia.

Y la dalia y la rosa, como es justo,  
se quisieron al punto como hermanas.  
Mas ¡ay! que si la dalia era inocente,  
de traidoras espinas se cercaba.

Bien su fiero aguijón la gaya rosa  
sintió que hería su corola casta;  
mas una vez, burlándole, reía,  
padecía otra vez, pero callaba.

Las otras flores que el peligro observan,  
gritanle en coro sin cesar: —¡Aparta!  
aparta, temeraria, si no quieres  
destruye impío tus divinas galas.

—No temais, no temais, —dice la rosa,—  
me basto yo para tenerle á raya.  
Ay! no veis que alejarme del espinó  
sería separarme de la dalia!

Pronto veine San Juan, y en su verbena  
tropa infantil acudirá con saña,  
y el negro espinó arrojará á la hoguera  
que vibre al cielo su valiente llama. —

Mas ¡ah! que de las flores los propósitos,  
cual los que forma la razón humana,  
no siempre se realizan, Valentina,  
que juicios son de voluntad mas alta.

Y antes que llegue el día en que ha de verse  
libre la flor de la presencia ingrata  
del espinó, con duelo y amargura  
al suelo inclina la corola lánguida.

Y era pura la flor, como era puro  
el ambiente que feble respiraba;  
y ni el sol en su cáliz descubría  
el leve asomo de ligera mancha.

Pero las otras flores su presencia,  
murmurando, desdeñan y rechazan,  
y la motejan todas, y desprecian,  
todas sin faltar una, hasta la dalia.

En tanto que el espinó satisfecho  
mece á los vientos sus pomposas ramas,  
cual galán que publica vanidoso  
caros favores de su bella dama.

Y las flores hermosas, con sonrisas  
muchas celebran su dichosa audacia,  
mientras sola en su inmensa desventura  
muere la bella rosa inmaculada.

Oh! sí, buen Dios, que el vulgo de las flores,  
infame como el vulgo de las almas,  
ensalza al vicio ufano y pisotea  
la virtud abatida y desgraciada.

Del espio y la rosa, Valentina,  
jamás olvides la lección amarga;  
que la mujer, como la flor hermosa,  
también peligros punzadores halla.

El lenguaje procaz del libertino  
espinas tiene que el pudor desgarran;  
mas al labio insolente pone un sello  
altiva y digna la mujer honrada.

La que vacila tímida, ó confía  
al tiempo la defensa de su causa,  
mucho antes quizá que el plazo llegue,  
se mira cual la rosa de la fábula.

Que el seductor, como el espio suele,  
de imaginarios triunfos hacer gala,  
y el mundo que se paga de apariencias  
y al mal inclina propensión nefanda,  
aplaude del infame la fortuna,  
y desprecia á la víctima, humillándola.

.....

Es la mujer fanal tan trasparente  
que leve soplo su tersura empaña.  
Es ángel, cuyas alas de rubies  
un roce ligerísimo quebranta.

Es nieve imaculada que el contacto  
del lodo inmundo su pureza mancha,  
y una mancha en la nieve, Valentina,  
imposible es lavarla.

*Aurora Lista.*

## CARLOTA.

(CONTINUACION.)

Aunque no se permitía á la arrestada ninguna comunicacion, se tenían con ella las mayores consideraciones, dándole libros, facilitándole un piano, y cuanta música pudiese anhelar. Se la suplicó que permitiese que los médicos inspeccionasen su mano para que declarasen si habia alguna señal de herida; y efectivamente, por medio del lente y del tacto se reconoció una cicatriz en medio de la palma de la mano, pero casi tan imperceptible que podia ser objeto de muchas dudas.

El baron de Scho wald y su familia, recibieron

orden de presentarse ante el juez que instruía el proceso. Apesar de que estos los ignoraban, eran públicos ya los lazos que unian á la amiga que habian alojado en su casa con el desgraciado, cuyo cadáver se habia hallado sobre las gradas de la iglesia de S. José.

Nada interesante pudo averiguarse por este medio, á escepcion de lo que arrojó la declaración prestada por la hija mayor de Schowal. Habia seguido esta una correspondencia epistolar con la señora Welthein ó de Bergfel, porque era una misma persona, desde que habia marchado esta de Muhbach á fines de julio de 1818, á pesar de que habia dicho que permanecería en dicho pueblo hasta octubre. En sus cartas habia hablado la señorita de Schowal del asesinato que tanto llamaba la atención del país, manifestando la de Bergfeld mucho interés en este asunto, y preguntándola repetidas veces si se habia descubierto algo respecto á él. Habíase encontrado en un cuaderno de música, que se habia dejado, un pedazo de papel, en el que estaba escrito de mano de la señora de Bergfeld un borrador en que se leía: «Aprecio los motivos que os dictan el consejo que me dais; pero estoy resuelta, quiero verle: es preciso poner fin á un estado, cuya incertidumbre es un suplicio para mí. El me conoce, y sabe que en un momento decisivo, la debilidad de mi sexo....»

Aquí concluía el pedazo de la carta.

La condesa de Heldeurath se determinó á marchar inmediatamente á Berlin, para instruir á su marido con todos los miramientos posibles de la situación de su hija, obteniendo el permiso de despedirse de Carlota. Por una gran casualidad, una persona dotada de un excelente oído, se hallaba en la pieza inmediata, perteneciendo tal vez también por casualidad á la policía: una curiosidad, arto indispensable, le hizo aproximarse al tabique que lo separaba de la habitación y escuchar la siguiente conversacion.

—Desgraciada hija, la dijo la madre, temo que no te sean desconocidas todas las particularidades respecto al asesinato de tu marido.

—Madre mia, Dios sabe lo que ha pasado; ninguna explicacion pudo dar sobre este asunto: sea cualquiera mi suerte, la sufriré con resignacion y callaré.

Dióse orden para que se sellasen los papeles y efectos que pertenecian á la señora de Bergfeld, en Berlin, inspeccionándolos ante el juez sin que descubriese nada de particular en ellos.

Solamente se halló en un cofrecito, el reloj de oro que la arrestada habia regalado á su esposo cuando se casaron, y el anillo de boda que Eduardo llevaba ordinariamente. ¿Como se ha-

llaban estos objetos en poder de Carlota? ¿Se los habia enviado su marido despues de su separacion? Hallóse tambien y sea dicho de paso, entre varias cuentas de mercaderes, algunas firmadas por Enrique Finecke del comercio de guantes número 91, Wilhelm Stasse.

Al mismo tiempo se pidieron informes de la historia del mal avenido matrimonio, cuyas desgracias ocupaban la pública atencion.

A los 17 años Carlota de Heldeurath, hija de padres de alta clase, aunque de medianana fortuna, se habia casado con Eduardo de Bergfeld, calavera de 24 años, elegante, infatigable bailarín, fanático, músico y disipador sin igual. Cuando se casaron, creyeron ambos que se amaban; un año despues, tuvieron un hijo que estrechó algo mas los lazos de su union, pero una aguda enfermedad acabó con él antes de seis meses. Esta prematura muerte llenó de desesperacion á la madre, que al cabo de algun tiempo trató de buscar distraccion en el torbellino del gran mundo haciendo los mas dispendiosos gastos. Eduardo acostumbrado á pasar la vida militarmente, se entregaba sin reflexion á sus pasiones; y llamando muy particularmente la pública atencion, una intriga amorosa en que representaba el principal papel; irritada su mujer con semejante conducta, se retiró á casa de sus padres. Este paso causó mucho pesar á la familia de Bergfeld, pero habiendo prometido Eduardo enmendarse, lo perdonó Carlota volviendo á la casa de este, aunque poco despues hubo en el matrimonio desavenencias mucho mayores. Furioso el conde de Heldeurath contra su yerno, tuvo que contenerse mucho para no desafiario: pero pidió una separacion legal de cuerpos y bienes. Eduardo por su parte, á quien semejante determinacion no podia ser indiferente, no quiso permanecer mas tiempo en una casa, donde tan cruelmente habian censurado su conducta, y se marchó diciendo que iba á recorrer el mundo, y no volveria en mucho tiempo. La muerte de su madre, que acababade acaecer, le habia hecho dueño de una crecida suma; en seguida se ausentó y no volvió á saberse de él. Su muger permaneció en Berlin, donde no habia faltado mas que dos meses, en el verano de 1818, que hizo un viage á las provincias del Rhin, porque atendiendo los médicos á su quebrantada salud, le habian ordenado el cambio de aires y el ejercicio.

Aunque buena en el fondo, pero viva, arrebatada y dispuesta siempre á ceder á la impresion del momento, Carlota, se entregaba en el acceso de su rabia, á algunos actos, que despues le causaban pesar: su gusto al lujo, y su falta de econo-

mía la acarreaban disgustos de consideracion. Habia hecho la conquista de un gran personaje que le hubiera ofrecido con mucho gusto su nombre y su riqueza, si la existencia de Eduardo no hubiera sido un obstáculo insuperable.

Pesaron los jueces estos antecedentes, é hicieron en seguida que se buscasen á tres sujetos cuyo conocimiento creyeron indispensable: eran estos el leñador que habia acompañado á la desconocida, cuando se presentó en los baños de Podewil y que se habia ausentado sin que hubiese podido obtenerse despues noticias de su paradero. Cecilia, la doncella que habia acompañado á la señora de Bergfeld en su viage y que habia dejado su servicio despues de su vuelta á Berlin, en cuya capital se casó: no sabia escribir, diferenciándose tanto en el físico á su ama que era imposible el que pudiesen confundirse.

No podia recaer sobre ésta la mas ligera sospecha, ni la justicia sacó el menor provecho de su declaracion. Ultimamente se hizo venir á la muchacha, que habia servido de guia á la señora de Bergfeld, el 16 de julio de 1818, cuando se separó esta de la compañía de la de Rosen, respondiendo á las preguntas que se le hicieron del modo siguiente. «He estado sirviendo dos años al zapatero de Muhlbach. En el mes de mayo de 1818 una señora llamada Wunderlich alquiló una habitacion en la misma casa. Un dia á mediados de julio, mandó á decirme que tenia que darme un encargo. Subí inmediatamente y hallé á un caballero joven en cuya presencia me entregó una carta cerrada, diciéndome que la llevase á una señora cuyo nombre no recuerdo. Hallé á esta señora la que, despues de haber leído dicha carta me dijo que estaba dispuesta á seguirme, dirigiendonos pronta y silenciosamente porque así lo exijia la misma, hacia la casa, donde me habian dado el billete. Recibíome á la puerta la señora de Wunderlich y despues de haberme dado una moneda me despidió. Desde entonces nunca he vuelto á ver en Muhlbach ni al caballero ni á la tal señora, no pudiendo acordarme del vestido que llevaba ésta, pero el caballero era alto, delgado, tenia grandes bigotes, pantalones blancos y botas con espolines.

Estas señas convenian exactamente con las de Eduardo, y con las del cadáver hallado el 19 de julio: y Carlota fué conocida al momento por la muchacha. En cuanto á la señora de Wunderlich nada mas se supo sino que se habia ausentado de Sain-Wendel desde el mes de setiembre, sin que se supiese su paradero, y ni si era verdadero el nombre que llevaba. Cuando se concluyó esta larga y minuciosa sumaria, de la que resultaba suficientemente provado el delito, se hizo com-

parecer á la acusada ante el tribunal de Colonia: uno de los mas distinguidos jurisconsultos de Berlin, doctor en derecho de la universidad de Kenisberg, y antiguo amigo de la familia de Heldeurath, solicitó ser el defensor de Carlota.

Llegó por fin el dia destinado para la vista de la causa, tan impacientemente deseado. Un inmenso gentío asediaba desde las cinco de la mañana las avenidas del palacio de justicia; y á pesar de una fuerte tempestad, y de la lluvia que caía á torrentes, nadie se movió, sin casi reparar que se mojaban hasta los huesos.

Al mediodia, mandó el presidente que tragesen á la acusada. Presentóse esta pálida, pero bella como siempre y sin demostrar alteracion. Llevaba un vestido negro y un velo del mismo color, rodeando su cuello una delgada cadena de oro.

Después de las preguntas de costumbre, se procedió al examen de los testigos: eran estos 44 y todas sus declaraciones confirmaron los detalles de que hemos hecho mencion sin añadir nada nuevo. Dos dias se emplearon en este examen, acreditándose mas y mas la impaciencia del público. El fiscal reasumió todos los cargos que resultaban del proceso contra la señora de Bergfeld: hizo ver que el 16 de julio habian estado juntos los dos esposos en el antiguo castillo de Ottemberg: que en este sitio habia ocurrido una terrible escena entre los dos sujetos igualmente propensos á encolerizarse, y que ambos se hallaban exasperados; tal vez Eduardo se habia valido de la fuerza para obligar á su muger á que le siguiese, y en todo caso no se podia suponer que hubiese ella clavado su cuchillo en el corazon de su marido? El fiscal concluyó pidiendo contra la acusada la vindicta de la ley.

Concluida la acusacion, se suspendió la audiencia por una hora, empezando por todas partes el murmullo de las conversaciones particulares. A escepcion de algunas señoras, nadie se atrevió á afirmar la inocencia de Carlota: no se creia que hubiese manchado sus manos con la sangre de su marido, pero ¿no podia haber sido espectadora ó instigadora tal vez, de un crimen cometido por una mano que aun permanecia oculta? Nadie se determinaba á desechar esta hipótesis.

El defensor de la acusada fué escuchado con la mas profunda atencion desde el principio hasta el fin de su discurso tanto que se hubiera oido el ruido de un alfiler al caer en medio de aquel numeroso concurso.

Empezó su defensa manifestando la admiracion que le habia causado el que tuviese el tribunal por cosa cierta que el cadáver hallado en

la iglesia de S. José, fuese el de Eduardo de Bergfeld. Ninguno de los que habian visto el cadáver antes de dársele sepultura, conocia á Eduardo, ademas de que no bastaba para afirmar el acerto, la mayor ó menor semejanza que éste pudiera tener con aquel, semejanza indudablemente aumentada por la imaginacion de los testigos preocupados. Tambien se creia reconocer en el muerto á un extranjero que acababa de establecerse en Coblenza. Los gustos de este sujeto y su solitaria vida no podian equivocarse con la agitada y turbulenta existencia de Eduardo. Pero ¿el anillo? se dirá: ¿nada prueba? No, porque un anillo puede ser robado, perdido, regalado ó vendido. Asegurais que Eduardo de Bergfeld ha sido asesinado, y no presentais de una manera cierta el cuerpo del delito. — En seguida enumeró el abogado los infinitos casos que ofrecian los anales de los tribunales, acerca de muchos inocentes condenados y ejecutados por asesinatos cometidos en personas que luego mas tarde, pero cuando ya no es tiempo, déjanse ver sanos y robustos.

Concediendo en seguida por un instante, que el muerto fuese Eduardo de Bergfeld, procuró destruir los cargos de la acusacion: tres horas y media duró su defensa, de la que creemos conveniente hacer un resumen.

(Continuará.)

X,

## CORRESPONDENCIA.

La Parra. Señora doña M. B., aunque la foliacion es distinta recibirá V. los 96 números á que tiene derecho.

Santiago. Señor don F. G. L., anotados los 16 rs., los números que le faltan los recibirá aunque con diferente foliacion.

Sandiniés. Señora doña J. L. D. F., mi distinguida amiga; en mi poder el importe de las obras y la 6 pesetas tas para el periódico. Doy á V. mil gracias por su bondad.

San Martin de Montalvan. Señora doña C. C., anotados los 4 rs.

San Vicente de Sonsierra. Señor don S. O., recibidos los 16 rs.

Leon. Señora doña M. D. D. y. P., en nuestro poder los 4 rs.

Iden. Señora doña A. R. de G., con las 7 pesetas que envia deja abonado hasta junio del 81.

(Continuará)

GRANADA.—Imprenta de «La Madre de Familia».